

la perspectiva de un éxito tan seguro, que de un solo golpe se presentó en escena con doce fórmulas. ⁽¹⁾ Véanse las más dignas de mención: «En todas las circunstancias, haz aquello á que te sientes con verdadera inclinación; en todas las circunstancias, haz lo que te sea más ventajoso; de la misma manera, haz siempre aquello á que te llevan las circunstancias exteriores». ⁽²⁾

Pero también Schleiermacher encontró un peligroso competidor en Hegel. Era Hegel la antítesis de su antecesor, y pensó ganar la partida con gravedad noble y concisa. Ved lo que prescribe el derecho, dice: «Sé persona, y respeta á los demás como á personas». ⁽³⁾ Hegel se hacía ilusiones. No podía convenir la severidad de semejante axioma jurídico á una época que encontraba muy áspera la suavidad del mandamiento cristiano. Y hubo que volver á comenzar. Todos buscaron nuevas fórmulas; todos creyeron haber encontrado cada uno la suya, con la cual se acabaría de una vez con el Cristianismo, y todos habían de vivir bastante tiempo para convencerse de su error. Tal es Bouterwek, en cuya fórmula campea el culteranismo: «Obra y vive en armonía contigo mismo, sabiendo que eres de la dignidad de la naturaleza humana». ⁽⁴⁾ Tal es Krug con su fórmula estética: «Soy activo, y en toda mi actividad busco la armonía absoluta». Tal es Rothe con su terrorífica fórmula teológico-social, que por aquella vez tuvo á lo menos una ventaja, colocando en el terreno de la excentricidad una barrera difícil de pasar; ésta es la fórmula: «Obra de modo que, en la más grande medida posible, coopere constantemente tu acción á la progresiva realización del fin moral particular, como obra el fin particular de la común esfera determinada y particular en que obras como miembro; y de esta manera obrarás por la constantemente pro-

(1) Reinhold, *Geschichte der Philosophie*, (4) III, 506.

(2) Erdmann, *Geschichte der neuern Philosophie*, III, II, 67.

(3) Hegel, *Philosophie des Rechtes*, § 36 (G. W. VIII, 75).

(4) Erdmann, *Geschichte der neuern Philosophie*, III, I, 373.

gresiva realización del fin universal moral, en la totalidad de sus diversos aspectos». ⁽¹⁾

5. Más cercanos de la verdad estaban los antiguos, que lo están de la fe nuestros modernos adversarios.—¿Concibieron acaso estos espíritus el designio de demostrar al mundo que debían concluir por el ridículo las tentativas que hicieran por arrojar á Dios y á la Religión de la vida moral, y que, si se separa de Dios el hombre para apoyarse sólo en sí mismo, cae inevitablemente en la locura, no haciendo más que explayarse en palabras infructuosas? En ese caso no han podido imaginar cosa mejor.

Nada había que hacer; han sido vanos todos sus esfuerzos, y, á pesar de todo, las tristes consecuencias de sus elucubraciones no han convertido á sus imitadores; mas estas tentativas seculares debían probar ampliamente á los que todavía son accesibles á la verdad, que en su vida moral, no puede el hombre prescindir del apoyo de la religión.

Sobre esta materia recurramos también á la escuela de los antiguos, y apreciémoslos en medio de todos sus extravíos. Aunque hayan caído en profundos errores sobre la naturaleza de Dios y de la Religión, no se alejaron de la verdad hasta el punto de llegar á creer que era posible vivir moralmente sin Religión; ni un solo instante dudaron de que, para ser bueno, era necesario ser religioso, y hallaban fundada esta doctrina en la fe unánime de todos los pueblos. ⁽²⁾ «La primera ley que se encuentra en todos los pueblos, decía Sócrates, es la ley que manda adorar á Dios». ⁽³⁾ En todos los tiempos ha existido, y á ella se han aferrado, todos los hombres, en particular los más inteligentes, los más experimentados y los mejores, la creencia de que no se podía rechazar esa verdad, porque estaba basada claramente en la naturaleza y en la razón, y debía, por lo tanto, ser ver-

(1) Rothe, *Ethik*, (2) V, 2.

(2) Platón, *Leg.*, 10, p. 886, a; Cicerón, *Tuscul.*, 1, 13; *Nat. Deor.*, 1, 16; Plutarco, *Adv. Colot.*, 31, 4; *Maxim., Tyr.*, 8, 1 sig.

(3) Jenofonte, *Memorab.*, 4, 4, 19.

dadera. ⁽¹⁾ «Por cuanto los hombres, dice Aristóteles, han nacido para la verdad, no puede dejar de ser verdad aquello en que están universalmente acordes». ⁽²⁾ En esto manifestaron los antiguos más moderación y mejor sentido en obsequio de la verdad que los modernos, para los cuales la aceptación unánime parece ser motivo decisivo para negarla. De ahí también que estén los antiguos más cerca del conocimiento de la verdad que los modernos enemigos del Cristianismo. Los primeros la buscan, éstos huyen de ella; los unos abren los ojos á la luz, los otros los cierran de intento: aquéllos se vuelven á ella, y alguno de sus rayos ha iluminado sus frentes, aun cuando no la miraban sino de lejos, y éstos le vuelven la espalda, y se quedan á oscuras. Están aquéllos en el error, porque no conocen la verdad; y lo están éstos, porque contra ella llevan en su corazón odio y miedo; por eso llegará un día en que serán los unos «jueces de los otros». ⁽³⁾ Nadie puede hallar demasiado severo este juicio. Sí, aborrecen y temen los apóstatas del Cristianismo la verdad que buscaban con respecto los antiguos. Cuando estaba en el lecho de muerte Schopenhauer, y torturaban á aquel renegado los dolores, salieron de sus labios estas palabras: «¡Oh Dios! ¡oh Dios!» Le hizo el médico esta pregunta: «¿Qué! ¿hay Dios en tu filosofía?» —¡Ah!, dijo el filósofo, en los sufrimientos es insuficiente la filosofía sin Dios!» Algún tiempo después, desaparecieron los dolores; pareció sentirse algo mejor. Se aprovechó el médico para recordarle aquellas palabras, y le habló de la eternidad y del Cristo Salvador. Á estas palabras se apoderó del enfermo una sobreexcitación terrible. «No me molestes, dijo, con tales espantajos: esas niñerías son buenas para niños; nada tiene que hacer con Cristo el filósofo». El mismo día era cadáver. ⁽⁴⁾ Había conocido tarde el desgraciado que para filosofar y para vivir bien tienen ne-

(1) Aristóteles, *Ethic.*, 1, 8, 1; 6, 11, (12), 6; 10, 2, 54; Cicerón, *Nat. Deor.*, 1, 23; 2, 2; 3, 4.

(2) Aristóteles, *Rhetor.*, 1, 1, 11.

(3) S. Mateo, XII, 27.

(4) Janssen, *Zeit. und Lebensbilder*, (1), 125.

cesidad el hombre y el filósofo de un Dios y de un Mediador.

¡Qué contraste entre aquella impiedad y las palabras del gran orador y del gran filósofo romano! En pleno Foro, ante los jueces, en presencia de la muchedumbre, no se avergüenza de gritar con todos sus pulmones: «Estoy orgulloso de reunir en mí todas las virtudes, pero no hay ninguna que prefiera al mérito de ser agradecido y de parecerlo. No sólo es la piedad la más hermosa, sino la madre de todas las virtudes. ¿Qué es la ternura filial, sino el afectuoso reconocimiento á los autores de sus días? ¿Cuáles son los buenos ciudadanos que sirven bien á la patria en Roma y fuera de Roma, sino los que reconocen los beneficios de la patria? ¿Cuáles son los hombres piadosos y religiosos, sino los que testimonian á los dioses inmortales su gratitud con homenajes justos, y con la elevación de sus almas enternecidas por sus favores? En mi opinión nada hay tan natural como ser sensible á un beneficio y aun á los simples testimonios de afecto; pero tampoco hay nada más contrario al hombre, y que más lo aproxime al bruto, como el exponerse á parecer, no diré indigno de un beneficio, sino vencido por la beneficencia». ⁽¹⁾

6. La Religión es la primera de nuestras obligaciones morales.—Si, tenía razón Cicerón al hablar de aquella manera; desterrar de la vida la religión y creer que se puede vivir sin ella, es negar la razón y apostatar de la verdadera naturaleza del hombre. Precisamente nos enseña lo contrario la razón humana, y este descubrimiento es uno de los que deben atribuirse al Cristianismo. La naturaleza inclina al hombre á vivir religiosamente; sólo el que reniega de la naturaleza y ahoga su voz, puede poner en duda que el servicio de Dios es el primero y al mismo tiempo el más importante de los deberes que se le han impuesto. Sólo el apóstata de la razón puede decir que el que la desprecia vive como hombre de bien, aunque debiera, cosa difícil de creer, cumplir exactísimamente con

(1) Cicerón, *Pro Plancio*, 33.

todas las obligaciones subordinadas á esa gran obligación.

Por la confesión más completa de esta verdad da principio el notable *Carmen Aureum*, ese poema en que reunió la escuela pitagórica el jugo de sus enseñanzas. Ved su principio:

«Comienza primeramente
Por dar honor á los dioses...» (1)

En su hermosa instrucción á Demónico, se expresa en iguales términos Isócrates: «Quiero enseñarte el camino por el cual harás en la virtud los más grandes progresos, haciéndote digno de la estimación de todos; la primera obligación para ti es la de la religión; se encuentra en ella la prueba de la verdadera honradez y de la verdadera moralidad. (2) Más decisiva es aun la enseñanza de Platón en sus *Leyes*: «Quien quiera ser feliz debe adherirse á la justicia, siguiendo sus pasos humilde y modestamente. Dios abandona á sí mismo al que se deja hinchar por el orgullo, las riquezas, los honores y la belleza del cuerpo; al que, joven é insensato, abandona su corazón al fuego de las pasiones, se imagina que no tiene necesidad ni de maestro ni de guía, y se considera en estado de conducir á los demás; abandonado así, se entrega á otros presuntuosos como él, sacude toda dependencia, lleva á todas partes la turbación y á los ojos del vulgo parece algo, durante algún tiempo; pero no tarda en pagar la deuda de la inexorable justicia, y concluye por perderse para sí, para la familia y para la patria. El hombre virtuoso piensa que es laudable, excelente y que está puesto en orden ofrecer sacrificios á los dioses y estar en comunicación con ellos por medio de oraciones, de ofrendas y de un culto asiduo». (3)

No se contentaban sólo con palabras los antiguos: las traducían en actos. Oraciones y sacrificios precedían á to-

(1) *Carmen Aureum*, 1, 2 (Mullach, *Fragm. phil.*, I, 193).

(2) Isócrates, *ad Dominicum*, (1), 12, 13; Cf. *ad Nicocl.*, (2), 20.

(3) Platón, *Leg.*, 4, p. 716, a. y sig.

dos los actos públicos, á las reuniones, á las elecciones, á la guerra y á la paz; los ritos religiosos santificaban también los pacíficos ejercicios de la vida individual y de la vida de familia. «Sea proporcionada á tus facultades tu ofrenda á los dioses, canta Hesiodo; haz la ofrenda con casta y pura mano; carga de víctimas tus altares; invócalos por medio de libaciones y del humo del incienso, antes de la comida y á la vuelta del astro sagrado. De este modo, atraerás sobre ti su benevolencia y sus cuidados protectores». (1) Si se trata de la comida, enseña Jenófanes que «la primera obligación de los hombres rectos es alabar á Dios y pedirle la bendición para que suceda todo ordenadamente». (2) En pocas palabras: el *Carmen Aureum* de los pitagóricos contiene este consejo: «Cuando des principio á una acción cualquiera, comienza por dirigirte á los dioses, y pídeles que te ayuden y acompañen». (3) «Jamás te dejes sorprender del sueño antes de haber hecho una recapitulación de las obras del día; hazte estas preguntas: ¿En qué he pecado? ¿Qué es lo que he hecho? ¿qué es lo que he omitido? Comenzando por el principio del día, examina todos los pormenores. Después, deplora el mal que has hecho, y gózate del bien que has puesto por obra; siguiendo este camino, llegarás á la virtud divina». (4)

7. Sólo la Religión nos proporciona el medio de cumplir todas nuestras obligaciones morales.—Sugiérennos otro pensamiento estas últimas palabras.

No puede el hombre prescindir de la Religión, no sólo porque forma parte de sus obligaciones morales, de las cuales es la primera y más importante, sino también porque, si se quiere cumplir perfectamente con todas las otras acciones á que obliga la ley moral, deben cumplirse por motivos religiosos. Siempre puede el hombre realizar por sí mismo algunos rasgos particulares de una vida rec-

(1) Hesiodo, *Op.*, 336 y sig. (Lehrs).

(2) Xenophanes, *Fragm.* 21. (Mullach, *Fragm. phil.*, I, 106).

(3) *Carmen Aureum*, 48 y sig. (Mullach, *Fragm. phil.*, I, 196).

(4) *Íd.*, 40 y sig.

ta, ó puede aprenderlos de los demás. Los animales nos dan muchos ejemplos de más de una cualidad laudable; sabido es que la Santa Escritura, ⁽¹⁾ como los apólogos de todos los pueblos, nos envían á su escuela; pero, ni por sí mismo, ni con el auxilio de sus semejantes, puede el hombre aprender una vida perfecta en sí, una vida cuyo perfil no presente ninguna angulosidad. Como lo hace notar Platón, «en Dios, mejor que en los hombres, encuentra el ejemplo de semejante virtud; más aún, sólo en Dios la encuentra en forma perfecta». ⁽²⁾ Por eso no hay más que un camino razonable para el que aspira realmente á la virtud completa, á la virtud perfecta; desmayará por necesidad, si se encierra en las enseñanzas del mundo moderno, en la estrechez de sus conocimientos y en el raquitismo de su poder. Sin exageración puede decirse que concluirá por ser un lisiado moral. Si trata de formarse según otro, es verdad que hallará quizá un modelo, pero ese modelo será limitado, no pasará de semimodelo. Sólo dirigiendo todos sus esfuerzos hacia un ideal completo y perfecto, podrá elevar su vuelo hacia la perfección, y ese único ideal es la perfección del mismo Dios.

En esta materia, se colocó la filosofía de la antigüedad á inmensa altura sobre la moderna sabiduría no cristiana. Escuchad el lenguaje de esta última: «Haz sólo aquello á que te obliga la necesidad; haz aquello á que te sientas dispuesto y excitado interiormente; haz lo que te conserva físicamente en buen estado corporal». ¿Puede producirse más miserable moral? ¿no obra lo mismo también el animal? Deberíamos avergonzarnos de nuestra época, porque, disgustada de la verdad, se ha atrevido á fijar al hombre, á su vida, á sus aspiraciones, un destino demasiado bajo, mientras que comprendieron perfectamente los filósofos paganos que, fuera de Dios, no había para él ni ideal ni fin. Impotentes, como que suenan á rajado, nos parecen todas esas reglas de la moral moderna comparadas con la

(1) Proverbios, VI, 6; XXX, 24 y sig.

(2) Platón, *Leg.*, 4, p. 716, c.

grandiosa á la vez que breve fórmula de un Pitágoras ⁽¹⁾ y de un Platón: ⁽²⁾ «Imita á Dios». ¿Qué pueden responder nuestros incrédulos que constantemente pretextan que amordaza al hombre la Religión, impidiéndole hacer uso de su verdadera fuerza? Acaso que «sólo el fanatismo monacal y la pobre Edad Media pudieron soñar ponerle delante de los ojos la perfección de Dios como fin de su propia perfección». Pero los confunde aquí el paganismo. «Es perfectamente verdad, dice Plutarco, y la has oído repetir muchas veces, que es lo mismo seguir la naturaleza é imitar á Dios». ⁽³⁾ ¡No! No ha inspirado al filósofo pagano la ociosa elucubración de una imaginación monacal, sino la reflexión tranquila y la clara luz de la razón natural, cuando ha dicho: «Sólo va todo bien para la moralidad, y sólo pueden concebir los hombres la esperanza de llegar á ser realmente buenos, cuando tratan de aproximarse á Dios». ⁽⁴⁾

8. Los vicios de la vida privada como los de la vida pública no pueden desaparecer sino con la Religión.—No menor valor tiene, aplicado á la vida pública de la sociedad, lo que hasta el presente hemos dicho sobre la vida de los individuos. No puede prosperar la primera, si no tiene como apoyo la Religión. En los estrechos límites de su existencia, tiene el individuo tantas cargas que soportar, tantos peligros que superar, tantas tentaciones que vencer, que se ve obligado á repetir con frecuencia las palabras de Schopenhauer: «Para esto no es bastante la filosofía». Mientras todo va bien, fácil es decir: «Soy hombre, y me basto á mí mismo; pero, cuando las cosas se ponen serias, adiós palabrería, si no se tiene cerca una fuerza más poderosa que la que reside en las huecas fórmulas del estoicismo. Entonces, como niño, gime uno con Séneca ante los increíbles sufrimientos que le causó la corta travesía de

(1) Plutarco, *De recta audiendi ratione*, 1.

(2) Platón, *Leg.*, 4, p. 716, b.

(3) Plutarco, *l. c.*

(4) Plutarco, *Defectu orac.*, 7; *Superstit.*, 9.

Nápoles á Puteoli. ⁽¹⁾ El que no tenía suficiente boca para exponer á todas horas sus bellas teorías, de repente se pone pálido y mudo en medio de la tempestad, como aquel estoico, de cuya timidez debieron reirse muy bien sus compañeros de sufrimientos, gente poco filósofa, sin duda, que pocos instantes antes, bajo un cielo sereno, habían alabado sus pomposas sartas de palabras sobre la virtud». ⁽²⁾ Entonces, abandona la vida por el camino más breve, como Catón, porque el miedo y la desgracia, le han hecho perder la cabeza ó derrumbado el punto de apoyo que lo sostenía. Y ¿cuál será la fuerza que podrá mantener al hombre recto é inmovible bajo el peso de la vida pública y de las exigencias que de él reclama? Trabaja con el sudor en la frente, y pretende el Estado apropiarse una parte de su mezquina renta; con cuidados y sacrificios sin fin educa á sus hijos; y cuando caen fatigados sus debilitados brazos, cuando espera encontrar en ellos ayuda, la patria se los arrebatata. Después de haberle consagrado él mismo sus mejores años, después de haberle ofrecido su sangre, en su vejez, se ve obligado á renovar dos ó tres veces el mismo sacrificio. Terribles y duras exigencias; pero menos mal, si nada sobreviene que haga más penosa su abnegación en pro de la causa común. Y si el aniquilado individuo pregunta por las ventajas de que goza en compensación de tanto sacrificio, quizá tenga que contestarse que no sabe dónde encontrar protección jurídica contra sus injustos opresores, y que, en consecuencia, está obligado á tolerar esa extraña ingerencia en su corazón y en el santuario más sagrado que posee. Y ¿qué fuerza le falta para soportarlo todo? Ciertamente, cuando se recorre la historia y se pesan las cargas que han llevado los pueblos, no se puede dejar de ver en ellos una especie de milagro continuo; pero sola la Religión ha podido obrar ese milagro; y hoy precisamente, en la vida pública, se cree que se puede prescindir de ella. Cree nuestra época que

(1) Séneca, *Ep.*, 53.

(2) Aulus Gellius, 19, 1.

basta la fuerza para tener á raya al pueblo. Pero la violencia es una arma estraña que tiene la especialidad de no producir su efecto, sino cuando se la emplea con moderación, no siendo de efecto alguno desde el momento en que es demasiado considerable. Por eso eran más prudentes que nosotros los antiguos, y tenían pocas esperanzas fundadas en la violencia aplicada á la vida pública. «El miedo, decían, es pobre garantía del tiempo». ⁽¹⁾

Buscaban algo más fuerte para la protección de sus instituciones, y ese algo lo encontraban en la Religión; conocían que ella sola era bastante poderosa para ofrecer seguridades al bien común. Mientras que, por sistema, no se ocupan nuestras leyes en la religión, sino para ponerle trabas, los antiguos ordenaban expresamente á los ciudadanos que creyesen que «el poder de Dios lo domina todo y lo gobierna todo». ⁽²⁾ Nosotros hacemos leyes sobre leyes; cada día las hacemos nuevas, con tal que nos ofrezcan alguna utilidad para un solo día, y las ponemos bajo la salvaguarda de la policía. Los antiguos hacían leyes para la eternidad, porque las hacían según las exigencias del derecho y de la justicia, y las colocaban bajo la protección de la Religión». ⁽³⁾ Por eso tenían tanto respeto al derecho y á la ley. Excelente sería para nosotros poder considerar las cosas desde el punto de vista que nos ha dejado el poeta pagano en estos magníficos versos:

«Hija de Jove la justicia santa
 »Á su padre se acoge, cuando ultraje
 »Le infiere el hombre, y de malicia tanta
 »Quéjase lastimera. De los reyes
 »La prevaricación el pueblo expía,
 »Cuando al fraude inclinarse hacen las leyes.
 »Oh reyes, con presentes engordados,
 »Evitad tal desgracia y tal falsía.
 »Lo que sentencias vicia.
 »Huid y administrad recta justicia». ⁽⁴⁾

(1) Cicerón, *Off.*, 2, 7.

(2) *Id.*, *Leg.*, 2, 7.

(3) Stiefelhagen, *Theologie des Heidenthums*, 503 y sig. Noegelsbach, *Nachomerische Theologie*, 80 y sig.

(4) Hesiodo, *Op.*, 258 y sig. (Lehrs).